

Pesadilla orwelliana en Pekín

Primeras páginas de *Años de prosperidad*, de Chan Koonchung

ELCULTURAL.es | Publicado el 15/11/2011



China, 2013. El gigante asiático disfruta de su hegemonía económica, después de que el monstruo de la crisis mundial haya pasado por delante de sus narices sin rozarle un pelo. Los ciudadanos chinos viven felices sumidos en la opulencia, protegidos bajo las alas del Estado. En este contexto, Chan Koonchung construye en *Años de prosperidad* una historia con tintes orwellianos: el gobierno del país ha borrado de la memoria de sus súbditos un mes entero de sus vidas. Treinta días de rebeliones, hambre, saqueos y represión que nadie parece recordar. O casi nadie. A continuación les ofrecemos las primeras páginas del libro.

1

En un futuro cercano

El primer reencuentro

-¡Falta un mes! Un mes entero se ha perdido, lo hemos olvidado, ha desaparecido. Generalmente, después de un mes viene otro: el primero, el segundo, luego el tercero y después el cuarto. Sin embargo, ahora es como si después del primero hubiera venido el tercero, o después del segundo el cuarto, ¿te das cuenta de lo que digo?

-Olvidalo, Fang Caodi. No vale la pena, la vida es corta y hay que aprovecharla.

Pero no hay manera de hacer cambiar a Fang Caodi. Aunque, a decir verdad, si de veras alguien quisiera buscar un mes perdido, Fang Caodi sería la persona adecuada. Él también ha pasado muchos meses desaparecido, ilocalizable, como si no existiera, pero sin dejar de existir. En realidad, su vida es una sarta de acontecimientos a la que resultaría imposible darle la continuidad lineal de una historia. Siempre aparece en el momento más inesperado y en el lugar más insospechado o, después de no saber nada de él durante varios años, surge como de la nada donde menos se le espera. Quizá alguien como él sea realmente capaz de resolver con éxito una tarea tan insólita como la de ir a buscar un mes que se ha perdido.

Lo que ocurre es que, al principio, yo tampoco me había dado cuenta de que se había perdido un mes entero. Y, si alguien me lo hubiera dicho, de todas formas lo más probable es que no le hubiera creído. Suelo leer el periódico todos los días, ojear las noticias en Internet, ver la tele por la noche, y la gente con la que me relaciono son personas lúcidas y sensatas. En ningún momento tuve la sensación de que estuviera pasando algo extraordinario. Yo creo en lo que se puede demostrar, confío en mi inteligencia y mi razonamiento, y me precio de poseer un buen juicio que ejerzo de manera independiente.

La tarde del octavo día del Año Nuevo Lunar, cuando salía de mi casa en Villa de la Felicidad número 2 para efectuar mi rutinario paseo hasta el Starbucks del centro comercial Yingke, un hombre se acercó haciendo *footing* y se plantó delante de mí. Entre jadeos, me dijo:

-¡Señor Chen! ¡Señor Chen! ¡Se ha perdido un mes! ¡Hoy ya hace dos años!

Así, de golpe, no reconocí a la persona que tenía delante. Llevaba una gorra de béisbol de lo más corriente.

-Fang Caodi, Fang Caodi... -Dos veces lo dijo. Se quitó la gorra, dejando al aire la calva y, en la nuca, una delgada cola de caballo recogida con una goma.

Entonces sí lo reconocí.

-¡Ah! Fang Caodi. ¿Se puede saber por qué me llamas «señor»?

Él volvió a repetir la misma cantinela, muy serio y sofocado:

-Se ha perdido un mes, señor Chen. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

-¿No dices que sólo hace un mes que me das por perdido? Pues ya me has encontrado -le respondí, seriamente confundido.

-No es eso. No es eso. Señor Chen, señor Chen, se ha perdido un mes. Usted ya lo sabe, ¿verdad? ¡Qué terrible! ¿Y ahora qué hacemos?

Es difícil mantener una conversación cabal con Fang Caodi. Se me había olvidado. Traté de reorientar el diálogo.

-¿Cuándo has regresado a Pekín?

Él soltó un estornudo como respuesta. Aproveché su descuido para sacar una de mis tarjetas de visita y se la ofrecí.

-Ten cuidado, no cojas frío. No vayas corriendo a todas partes. Otro día nos vemos, ¿eh? Ahí tienes mi teléfono y mi dirección de correo electrónico.

Se puso la gorra de nuevo, cogió la tarjeta y declaró:

-Quiero ayudarle, señor Chen. Quiero ayudarle. Busquemos juntos.

Me quedé mirando cómo se alejaba a toda velocidad en dirección a la zona de las embajadas de Dongzhimen Wai, y entonces fui consciente de que no es que estuviera haciendo *footing*, sino que corría para llegar cuanto antes a algún lugar determinado.

El segundo reencuentro

Unos días después, acudí al primer piso de la librería Sanlian, en la calle Meishuguan Oeste, para participar en la reunión de té de los primeros días del Año Nuevo Lunar organizada por la revista *Dushu*. Se trata de una oportunidad para ver a los colegas del gremio que sólo se presenta una vez al año. En los noventa iba alguna que otra vez, pero cuando en el 2004 me mudé a Pekín comencé a asistir más o menos un año sí y otro no, más que nada para charlar de trivialidades con los periodistas y escritores de la generación anterior y dejar constancia en el ámbito cultural de que aún estaba vivo. En cuanto a los periodistas y escritores más jóvenes, mejor no hablar. Ni los conozco ni ellos tampoco parece que consideren necesario conocerme.

Ese día el ambiente no era el mismo que en ocasiones anteriores. Todo el mundo andaba muy contento. En el último año, o quizá fueran dos, me había percatado de que yo también sentía a menudo un bienestar inexplicable pero, en esa ocasión, el buen humor de todo el mundo me dejó un poco sobrecogido. Los periodistas y escritores de *Dushu* puede que demuestren cierto fervor a la hora de defender su ideología o sus opiniones, pero en el trato social es muy raro que dejen traslucir cualquier tipo de alegría. En cambio, esa tarde era como si todos se hubieran tomado unos vasos de *erguotou* y estuvieran la mar de contentos.

El venerable patrón fundador de *Dushu*, Zhuang Zizhong, ya hacía mucho tiempo que no se dejaba ver por ese tipo de reuniones pero, sorprendentemente, allí estaba ese día, en su silla de ruedas, rebosante de salud, como si se hubiera regenerado misteriosamente. A su alrededor revoloteaba demasiada gente, así que decidí no acercarme a saludarle. Además, todos los que a lo largo de los años habían sido los altos dirigentes de Sanlian y de *Dushu* estaban presentes, desde el secretario del Partido y los directores hasta los jefes y subjefes de redacción. Todos. Si seguían vivos, allí estaban. Se trataba de un auténtico prodigio. Pese a la asiduidad con la que me he movido en estos círculos, nunca había presenciado un suceso tan espectacular. Insisto en que era algo portentoso. Yo siempre he sido un tanto escéptico en cuanto a la bondad de la naturaleza humana y ni por asomo me creo que en el interior de ningún organismo o ninguna institución pueda imperar la armonía, especialmente en los de la parte continental de China, y en

concreto en las empresas estatales, incluidas las entidades culturales manejadas por el gobierno.

Ese día, todos los periodistas y escritores a los que conocía me saludaron con un afecto desmesurado, si bien en cuanto pretendía prolongar la conversación un poco más allá su atención se desviaba, afanados como estaban en demostrar y compartir su alegría con el resto de los asistentes. En realidad, es algo que ocurre a menudo en reuniones de té o en cócteles sociales, sobre todo cuando uno no es una gran personalidad. Ese día, después de haber pasado por el mismo lance varias veces, me hice a un lado y ajusté mi actitud, o más bien habría que decir que regresé a esa actitud con la que me había familiarizado después de tantos años; una actitud de ánimo de mero espectador que deja la iniciativa a los demás. Tengo que admitir que lo que veía me tenía emocionado: tantas y tan extraordinarias plumas, la flor y nata de la intelectualidad, los más famosos autores, todos en una reunión de té en absoluta armonía, con una expresión de sincera felicidad dibujada en el rostro. Lo que se dice un día de gloria y paz colectivas.

Me sentía de un humor excelente. Pero me asaltaba con insistencia la extraña obsesión de que debía abandonar el escenario. Pensé que, ya que estaba allí, podía aprovechar para darme una vuelta por la librería. Primero eché una ojeada a los libros de Arte en la primera planta y luego descendí a la planta baja a inspeccionar los libros más vendidos, los de Economía y Finanzas, y los de Turismo. La librería estaba repleta de gente. Aún queda toda esta cantidad de gente que lee, pensé, ¡fantástico! Me vino a la cabeza un concepto en dos palabras: sociedad intelectual. Tomé las escaleras para llegar a la planta subterránea y vi que en todos y cada uno de los peldaños había jóvenes, estudiantes, sentados o de pie, concentrados y absortos en la lectura, hasta tal punto que apenas se podía pasar por el estrecho pasillo que dejaban, como si pretendieran impedir pasivamente el paso a la planta subterránea. Pues a mí, tan contento como me sentía, no me iban a intimidar, así que bajé calculando mis pasos con sumo cuidado, tratando de no importunar a nadie. La amplia planta subterránea de la librería Sanlian es mi principal objetivo cada vez que la visito, con sus apartados de Literatura, Historia, Filosofía, Política y Humanidades. El hecho de que este tipo de libros tenga tan fervientes seguidores en esta ciudad es una de las razones por las que vale la pena vivir en Pekín. Una ciudad en la que se leen libros de Literatura, Historia, Filosofía y Política es una ciudad maravillosa.

Ese día, la planta subterránea estaba desierta. Pero lo más extraño fue que cuando llegué ya no me quedaban ganas de explorar entre los libros. Lo único que quería era encontrar los títulos que había venido a buscar y salir de allí. ¿Y qué libros había venido a buscar? No lograba recordarlo. Mientras me adentraba entre las estanterías, iba pensando que quizá me acordara si los veía. Pasé la sección de Filosofía y torcí hacia las de Política e Historia. Súbitamente, experimenté una sensación de opresión en la boca del estómago. ¿Sería que el aire estaba viciado?

Con paso apresurado me dispuse a abandonar la planta subterránea. De nuevo escaleras arriba me iba diciendo que mejor sería no tropezar con ninguno de los jóvenes que las abarrotaban. De repente, alguien me tiró de la pernera del pantalón. Bajé la cabeza, sorprendido, para ver quién era. Era alguien que me miraba fijamente, una mujer que ya había dejado atrás la juventud.

-¡Lao Chen! -exclamó.

-Xiao Xi -respondí mientras me preguntaba cómo era posible que hubiera dejado pasar tantos años sin verla. Parecía más vieja y en su pelo se advertían no pocas canas.

-Te he visto bajar y me he dicho ¿será Lao Chen o no?

La manera en que hablaba daba a entender que para ella era importante haberme encontrado.

-¿No has subido a la reunión de té de *Dushu*? -se me ocurrió preguntarle.

-Me he enterado al llegar... No, no he subido. ¿Tienes un minuto?

Parecía que se estuviera agarrando desesperada a una tabla de salvación, esperando ansiosamente mi respuesta.

-Sí, claro. Te invito a un café.

Tras unos instantes de pausa, por fin reaccionó: -Mejor hablemos mientras caminamos.

Y dicho esto relajó finalmente la mano, liberando la pernera de mi pantalón.

Salimos de la librería y ella abrió camino en dirección al Museo de Arte, conmigo detrás, siguiéndola y aguardando a que dijera algo. Como no lo hacía, tomé la iniciativa y le pregunté:

-¿Cómo está tu madre, la señora Song?

-Bien.

-Tiene ya ochenta años, ¿no?

-Mmhh.

-¿Y tu hijo? ¿También está bien?

-Mmhh.

-¿Qué edad tiene ya?

-Más de veinte.

-¿Tantos?

-Mmhh.

-¿Está estudiando o trabaja?

-Estudia. ¡No quiero hablar de él!

Me quedé perplejo. Recordaba cuánto amaba a su hijo.

-¿Vamos al hotel Huaqiao a tomar el café? -propuse.

-Aquí mismo podemos hablar.

Entramos en un pequeño parque junto al Museo de Arte.

Bruscamente, se detuvo, se dio la vuelta y me interrogó:

-Lao Chen, ¿no lo sientes?

Otra vez esperaba ansiosamente a que le respondiera. Pero yo no sabía cómo responder. Lo único que sabía era que no tenía que responder «¿sentir el qué?», porque parecía que me estaba calibrando, como si me hubiera pedido el santo y seña. Si le respondía de manera incorrecta, no me diría la verdad. A mí, como escritor, me gusta que la gente me explique sus pensamientos más íntimos. Como hombre, quería que aquella mujer me explicara sus pensamientos más íntimos.

Viendo que yo daba señales de poca disposición y me apuraba abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua, vino en mi auxilio:

-¿No es como una sensación que no puedes describir con palabras?

Haciendo un esfuerzo, asentí con la cabeza. ¿Cuántas veces en mi vida, en algún momento en que carecía totalmente de sensaciones ante una obra de arte o una pieza musical, había venido alguien en mi auxilio para describirme la sensación que inspiraban? Aborrezco esa sensación de no tener ninguna sensación, pero como estoy bien entrenado, soy todo un especialista en responder abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua.

-Estupendo. Lo sabía. En cuanto te vi bajando las escaleras de la librería, me dije a mí misma: Lao Chen tiene que entenderlo. Me senté en las escaleras y esperé a que subieras.

La impresión que, más o menos, Xiao Xi tiene de mí es que soy un hombre de mundo, experimentado, sensato y con vastos conocimientos. Me gusta que otras personas tengan esa impresión de mí.

-Vamos a sentarnos un rato -le propuse señalando un banco.

Fue la propuesta acertada. En cuanto se sentó, comenzó a relajarse. Cerró los ojos y manifestó, aliviada:

-Por fin. Por fin.

Años atrás, ella había sido del tipo de mujeres que me gustaban. Los años no habían logrado cambiarle el tipo ni la silueta, pero el rostro mostraba más arrugas y no se había teñido el pelo, que tiraba a gris plateado. Además, se la veía más melancólica.

Parecía que estaba descansando con los ojos cerrados. Yo la miraba y la miraba, cuando de repente me dio un vuelco el corazón. ¡Aún me gustaba esa mujer! A mí me gustan las mujeres melancólicas.

-No tengo a nadie con quien hablar -dejó escapar con los ojos aún cerrados-. Las personas como yo somos cada vez menos, quedamos tan pocas que casi no vale la pena seguir viviendo.

-No digas tonterías. ¿Quién no se siente solo alguna vez? Pero hay que seguir hacia adelante.

Ella no prestó atención a mis palabras, o así me lo pareció a mí, y prosiguió:

-Nadie se acuerda de ello, pero yo me acuerdo. Nadie habla de ello, pero yo hablo. ¿Es que me he vuelto loca? No queda ningún vestigio, ninguna huella. No hay ninguna prueba. Y a nadie le importa.

Me gustaba la manera que tenía de hablar, con ese acento de Pekín.

Con los ojos aún cerrados, continuó diciendo:

-Dime tú. Nosotros somos viejos amigos, ¿no?

Entonces, ¿cómo es posible que no nos hayamos visto en todos estos años? Dime.

-Pensaba que habías salido de China.

-No. Nunca.

-Bien, porque ahora todo el mundo dice que como en China no se vive en ningún otro país.

Ella abrió por fin los ojos y me observó fijamente, con una mirada punzante y fría. Yo no entendía por qué. Poco a poco se le fue dibujando una sonrisa en el rostro.

-¡Qué suerte que aún te queden ganas de bromear!

¿Quién dijo que estuviera bromeando? Aunque en lugar de expresar en voz alta mi pregunta, me apresuré a imitarla y sonreí yo también.

-Casi me creo que era mi hijo el que estaba hablando -confesó.

-Tu hijo. Hace un momento has dicho que no querías hablar de él. ¿Qué ha pasado?

Con un extraño tono en la voz, respondió:

-A él nada. Todo le va a pedir de boca. Estudia Derecho en la Universidad de Pekín. Ha entrado en el Partido.

-Eso está muy bien. Y luego a buscar trabajo.

-Quiere entrar en el Departamento Central de Propaganda.

Me pareció no haber oído bien. Seguramente habría dicho el banco central de China, la Televisión Central, algún departamento del Comité Central del Partido o algo así.

-¿El Departamento Central de Propaganda?

Xiao Xi asintió con la cabeza.

-¿Hay oposiciones para el Departamento Central de Propaganda? -pregunté sorprendido.

-Dice que es el sueño de su vida. Se le ha metido en la cabeza y no parará hasta que lo consiga. ¡Ya no aguanto más! No sé qué decirle. Si lo vieras comprenderías a lo que me refiero.

Me empezaba a sentir muy a gusto. Sentado junto a Xiao Xi, experimentaba algo así como... felicidad. El sol radiante y cálido anunciaba la llegada de la primavera; la tarde era tan apacible que a nuestro alrededor había numerosos ancianos venidos al parque a matar el tiempo, al igual que esos señores más allá fumando..., ¿señores fumando? Hummm. Se trataba de dos señores que fumaban un cigarrillo detrás de otro, sin apenas pausa. Me encantan las novelas policíacas, llenas de misterios y deducciones, y además he escrito varias, de modo que esa escena daba alas a mi imaginación. Me dio por pensar que esos tipos me estaban vigilando, pero ¿por qué iba nadie a querer vigilarme? Yo soy un simple escritor entregado a una vida disipada, un autor medianamente reconocido de obras mediocres. Sencillamente, en China, en los lugares en los que hay gente, siempre hay alguien fumando. Es lo normal.

Centré mi atención en Xiao Xi, que seguía desahogándose:

-¿Es que quiere rebelarse contra mí? ¿Es que quiere verme sufrir? ¡Sí! Ya no quiere tener nada que ver conmigo. Pero no se puede seguir como si no hubiera pasado nada. ¿Cómo es posible que todo haya cambiado tanto? No lo entiendo. ¡Ya no aguanto más!

¿Qué habría alterado tanto a Xiao Xi? ¿Era su hijo o eran las secuelas de su horrible pasado?

Mirándome fijamente, siguió diciendo:

-Una vez, en un pequeño restaurante de Lanqiying, tuve una cita con un taiwanés como tú. Era un comerciante que tenía algún negocio en Daling. No paraba de hablar, que si astronomía, geografía o medicina por aquí, que si adivinación, astrología o fisonomía por allá, que si la situación de la economía internacional y las perspectivas para las inversiones más allá... Empezar y no acabar, vamos. No había ningún tema del que no supiera y del que no me diera su opinión. Me aburría lo indecible. Hasta que se me ocurrió decir algo en contra del gobierno y entonces me soltó que yo no lo entendía, que nunca estaba contenta, que no sabía estar agradecida. Me sacó de quicio. ¡Cómo me hubiera gustado abofetearle en ese momento!

-No todos los taiwaneses son así.

Juzgué conveniente sustituir el «somos» por la tercera persona. A continuación, con curiosidad, pregunté:

-¿Y qué pasó luego con él?

A Xiao Xi volvió a salirle una sonrisa.

-Estaba tan airado regañándome que poco a poco se fue sentando cada vez más al borde de la silla. Un par de mesas más allá había un joven muy alto y corpulento que acababa de pagar la cuenta y se estaba poniendo de pie. Al pasar a su lado para salir, golpeó intencionadamente la silla y ¡catapún!, se cayó al suelo.

-¿Quién era ese joven?

-No lo sé. Uno cualquiera.

-¿Y qué dijo?

-¿Qué iba a decir? ¡Se fue sin más! Yo me partía de risa.

-¿Le conocías?

-No. Pero me hubiera gustado conocerle. Me entraron celos.

-La violencia no está bien -le recriminé.

-Pues yo creo que está pero que muy bien. Últimamente me paso todo el día queriendo abofetear a alguien.

Xiao Xi ha visto demasiada violencia en su vida. Es natural que eso la haya influido. Me acordé entonces de los motivos por los que antaño no me atrevía a arrimarme demasiado a ella.

-¿Y el taiwanés qué hizo? -le pregunté.

-Se levantó rápidamente, aún más enfadado, con ganas de insultar a alguien, pero como no encontraba ningún contendiente, al final se sentó soltando un taco. ¿Y sabes lo que dijo? «¡Maleducado!» ¿Ves? Después de todo, vosotros los taiwaneses aún nos miráis por encima del hombro.

-¡Qué va! ¡Con los tiempos que corren!

Antes, las gentes de las dos orillas del estrecho de Taiwán, en el fondo, se menospreciaban mutuamente, pero ahora me temo que todo ha cambiado.

-Así que la cita fue un fracaso -traté de indagar.

-Buscaba a alguien más joven.

Las mujeres, al llegar a cierta edad, deberían teñirse el pelo.

-Y la vida, ¿te va bien?

Xiao Xi frunció ligeramente el ceño y alzó la barbilla. A la luz del sol, las arrugas parecían haberse reproducido.

-La vida me va bien, pero toda la gente a mi alrededor ha cambiado. Me siento triste. Hablar contigo me ha sentado muy bien. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie...

Se interrumpió bruscamente, mirando confusa el suelo delante de ella. Seguí la dirección de su mirada, pero no logré determinar si habían atraído su atención las manchas que esparcen por el suelo los rayos oblicuos del sol filtrados a través de las ramas de los árboles, o si el súbito recuerdo de algo la había distraído. De repente volvió en sí:

-¡Ay! Tengo que irme, si no el tren a Gaofeng va a estar repleto de gente y me voy a quedar sin asiento.

Le di otra de mis tarjetas de visita y le sugerí:

-Podemos quedar otro día para comer. Que vengan también tu madre y tu hijo.

-Ya veremos -respondió con ternura.

Se levantó y dijo secamente:

-Me voy.

Y se fue.

Se alejó presurosamente mientras yo la miraba sin recato. Desde atrás era una mujer digna de ser admirada. Su figura, su andar, sus gestos, parecían los de una joven. Salió por la puerta sur del parque. Me dirigí, andando tranquilo y dichoso, hacia la puerta este. De pronto me acordé de los fumadores y me volví para comprobar si seguían allí. Descubrí que ellos también habían llegado a la puerta sur. Xiao Xi había torcido a la izquierda, en dirección al Museo de Arte Moderno. Ya no podía verla. Los dos fumadores esperaron unos segundos y luego emprendieron el mismo camino.
